

## *La pandemia del hambre y de la represión en Chile*

### **Efectos políticos y sociales del COVID-19 sobre la ciudadanía chilena y sobre el pueblo mapuche**

Tania Durán Huerta

Doctora en Antropología (UBA)  
[taniaduranhuerta@gmail.com](mailto:taniaduranhuerta@gmail.com)

#### **Introducción**

Chile no ha estado ajeno a ninguno de los procesos sociales, económicos y políticos de los demás países del mundo. Ha pasado por dictaduras, por revueltas sociales y, por supuesto, por las consecuencias de la propagación del coronavirus. Pero, lo que ha hecho de Chile un país tan nombrado últimamente es que, de algún u otro modo, todos esos procesos referidos anteriormente, los ha vivido en un marco de nueve meses.

Octubre de 2019 fue el mes de partida para un estallido social que dio vuelta al mundo. Un grupo de estudiantes secundarios evadió los torniquetes del subterráneo capitalino para no pagar y protestar contra el alza del pasaje de dicho medio de transporte. Ese gesto simbólico dio inicio a una serie de revueltas sociales que se expandieron a lo largo de todo el país, siendo las principales urbes los centros de las manifestaciones ciudadanas.

Barricadas, destrucción de monumentos, evasiones masivas del pago en el transporte público, marchas multitudinarias y recitales al aire libre fueron las principales actividades llevadas a cabo por la ciudadanía activa.

Represión policial, militares en las calles, bombas lacrimógenas, mutilaciones, detenciones, asesinatos y violaciones fueron las respuestas del Estado chileno, personificado por Sebastián Piñera, a través de sus aparatos militarizados.

¿Qué hizo estallar el descontento de la ciudadanía? ¿Cuánto descontento había guardado? Varias fueron las consignas que surgieron en Chile a partir del estallido social del 18 de octubre del pasado año 2019. No fueron 30

pesos del alza del pasaje del metro, fueron 30 años de injusticias, fue el argumento más escuchado.

La ciudadanía se volcó a las calles para manifestar el descontento guardado por décadas. La ciudadanía estaba viva, estaba activa pero, de pronto, un virus comenzó a amenazar el día a día de los habitantes de todo el mundo. El coronavirus, una pandemia que prácticamente apareció de un día para el otro, comenzó a expandirse por el mundo sin que nadie pudiera reaccionar a tiempo. ¿Cómo afectó la expansión del coronavirus a la movilización social chilena nacida en octubre de 2019?

El objetivo de este escrito es indagar en aquellas causas que provocaron el estallido social y cómo dicho proceso se vio acrecentado con la expansión del virus del COVID-19 a lo largo de todo Chile. También se analizará la forma en que, tanto el estallido social chileno como la propagación del COVID-19, afectaron la reivindicación territorial mapuche que no dejó en ningún momento de estar activa.

La pandemia del hambre, antes y después del coronavirus será el eje del presente escrito.

### ***Los orígenes del Chile neoliberal***

A partir de 1990, Chile pasó a ser, o si se quiere, pretendió pasar a ser el país modelo del neoliberalismo en nuestro continente latinoamericano. Grandes bancos, enormes transnacionales, vías de comunicación expeditas a lo largo de todo el territorio, modernos vehículos de transporte público, entre otras tantas cosas, fueron los que encandilaron a economistas de todo el mundo que avalaron aquel proyecto económico que nació, ni más ni menos, en plena dictadura de Augusto Pinochet. Claro que durante esos diecisiete años de dictadura, el proyecto neoliberal no logró concretarse ciento por ciento, debido a que muchos países fueron reacios a la idea de firmar tratados comerciales con una nación que, ya hacia fines de la década de 1980, continuaba manteniendo una feroz dictadura cívico-militar.

Pero, llegada la democracia en 1990, los opositores y víctimas del régimen de Pinochet, al llegar al poder de ese nuevo Estado democrático, no dudaron en seguir manteniendo el sistema neoliberal de la pretérita dictadura pinochetista.

El “paraíso neoliberal” se fue desarrollando y creciendo durante todo lo que quedaba del siglo XX, para llegar a su expresión máxima en las primeras décadas del siglo XXI. Sin embargo, aunque muchos no lo advirtieron o no lo quisieron ver, la pobreza, la miseria, el hambre, estaban ahí. Cada región

a lo largo de Chile tenía algo que aportar con su pobreza local. El neoliberalismo lo invisibilizaba, pero ahí estaba. El hambre, la pobreza, la desesperación, el enojo, el hastío, hicieron explosión un día viernes 18 de octubre del pasado año 2019.

## **El inicio del estallido social en Chile**

### ***El origen de la revuelta social***

“Chile despertó” fue la consigna que dio vuelta al mundo entero. Nuevamente la economía chilena dio que hablar a la humanidad pero, esta vez, para visibilizar aquello que el neoliberalismo no había querido dejar ver. Bastó con que un grupo de estudiantes secundarios de la capital de Chile reaccionara contra el alza de 30 pesos en el pasaje del metro de Santiago para que las/os ciudadanas/os de dicha capital y del resto del país fueran, ese mismo 18 de octubre y los meses venideros, alzándose en contra de toda la opresión social y económica acumulada.

La protesta estudiantil surgió en Santiago por el alza del pasaje del metro pero, en un solo día, se expandió a todo Chile, hubiera o no metros en las regiones. Esto quiere decir que solo faltaba un motivo para que Chile entero se alzara ante años y años de injusticias e inequidades. “No son 30 pesos, son 30 años”, fue una de las consignas que avalan lo anteriormente dicho.

Estaciones de metro quemadas, ciudades tomadas, barricadas, enfrentamientos, el país paralizado, monumentos destrozados, caos, represión, muertes, mutilaciones físicas, violaciones, vejámenes de todo tipo fue la respuesta estatal a aquellos agitadísimos meses de octubre, noviembre y diciembre de 2019. Impunidad absoluta para el actuar represivo y desmedido de las Fuerzas Especiales de la policía chilena. Militares en las calles, toque de queda. Enviados especiales de Amnistía Internacional y de diversas organizaciones de Derechos Humanos constataron el nivel de represión y la cantidad de víctimas de dicha represión. Un verdadero *déjà vu* histórico. Chile volvió a las décadas de Pinochet.

El denominado estallido social chileno de octubre de 2019 se extendió con muchísima fuerza hasta fines de ese año, haciéndose incluso una celebración multitudinaria de despedida de año en plena Plaza Italia, el lugar icónico para las celebraciones de todo tipo en Chile, ahora llamada “Plaza Dignidad”.

Enero y febrero se inauguraron con más manifestaciones, cabildos ciudadanos, iniciativas sociales de diversa índole, conciertos musicales gratuitos y

multitudinarios en las principales calles de Chile, hasta que un virus comenzó a acechar al mundo entero, sin que nadie pudiera comprender cómo se expandió tan rápidamente.

### ***Las/os protagonistas del estallido***

El estallido social en Chile comenzó con un grupo de estudiantes secundarios que —a propósito del alza de pasajes en el metro— decidieron evadir dicho pago, saltando los torniquetes de acceso a los vagones del subterráneo capitalino. Esta evasión, esos saltos al torniquete se transformaron en el símbolo y en el punto de partida del estallido social a lo largo de todo Chile. Las manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas especiales de la policía chilena comenzaron a darse noche y día en las principales ciudades, siendo Santiago, Antofagasta y Valparaíso los mejores ejemplos de ello.

De ese grupo de manifestantes, surgió la denominada “Primera Línea”, un grupo de jóvenes que —delante de las barricadas— se enfrentaban cuerpo a cuerpo con los órganos represores estatales, para permitirle al resto de la ciudadanía manifestarse sin que la represión la afectara directamente. Esa Primera Línea pasó a ser un emblema de la lucha popular callejera durante los meses que duró el estallido y, esa misma Primera Línea fue la que llamó a las/os manifestantes a cumplir con el confinamiento sanitario cuando ya era evidente la crudeza del virus COVID-19. Esa Primera Línea, carente de liderazgo político y desvinculada absolutamente de los partidos políticos, es lo más cercano al bandolero que Hobsbawm (2014) retrataba como el ícono de la primitiva protesta social.

La ciudadanía manifestante hizo de aquellos miembros de la Primera Línea verdaderos héroes populares. Tal como diría Hobsbawm, haciendo alusión al bandolero primitivo, los manifestantes hicieron de ellos/as sus defensores. La ciudadanía no entregó a los miembros de la Primera Línea sino que, por el contrario, las/os defendió y las/os apoyó.

Sin embargo, este grupo se transformó en el principal enemigo del actual gobierno de Sebastián Piñera en Chile. Las/os manifestantes los/as protegían y elogiaban, mientras que el gobierno los/as trataba de delincuentes.

El citado historiador Hobsbawm (2014: 30) señalaba, refiriéndose a los bandoleros, que “[...] un hombre se vuelve bandolero porque hace algo que la opinión local no considera delictivo, pero que es criminal ante los ojos del Estado o de los grupos rectores de la localidad”. Vale la frase para las/os protagonistas del estallido social chileno. La Primera Línea era delincuencia para el Estado y heroísmo para la ciudadanía movilizada en la protesta social.

## **Un virus recorre el mundo**

China primero, en segundo término Europa y luego, el resto del mundo. Un virus comenzó a acechar a los seres humanos, el COVID-19. El virus arrasó con el planeta y se convirtió en la peor pandemia de las últimas décadas. Chile, obviamente, no estuvo inmune a este nuevo virus. Si ya la pobreza, el hambre, la miseria, las tomas de terrenos para la vivienda y los campamentos habían quedado al descubierto tras el estallido de octubre de 2019, la pandemia terminó de visibilizarlos. El modelo neoliberal chileno, aquel que tanto enorgullecía a los economistas locales, comenzó a desmoronarse pieza por pieza.

“HAMBRE”. La palabra hambre apareció proyectada en uno de los edificios de mayor altura en la capital de Chile. El hambre se visibilizó literal y metafóricamente hablando. Tanto exasperó esta palabra a las autoridades y a la derecha chilena, que el Intendente de la Región Metropolitana mandó a ocultar dicha palabra, superponiendo una proyección en negro. Pero el hambre estaba. No servía de nada borrar la palabra. No era un simple concepto, era una vivencia.

Las llamadas “ollas comunes”, aquellas formas de solidaridad de las poblaciones que tan masivas fueron durante la década de 1980, en plena dictadura de Pinochet, comenzaron a masificarse nuevamente en este agonizante modelo democrático neoliberal.

Democracia neoliberal que en ningún segundo dudó en combatir el hambre de la ciudadanía con militares en las calles, justificando este accionar con las medidas sanitarias propias para combatir la propagación del COVID-19. Pero esa medida tampoco funcionó. Chile, uno de los países más pequeños de Sudamérica, pasó a ser el tercero con más contagios.

El gobierno de Piñera decidió priorizar la economía por sobre la vida de las/os ciudadanas/os del país. Ya iniciada y visibilizada la pandemia, no se cerraron comercios, la gente debió salir de igual forma a sus trabajos y fue así como miles y miles de chilenas/os fueron contagiándose rápidamente hasta el punto de que el país se convirtió en uno de los que tenía más muertes diarias.

Desde el principio, todo se hizo mal. Si bien es cierto que nadie podía saber a ciencia cierta —literalmente a ciencia cierta— de qué se trataba este virus, cuánto duraría y cómo se podía combatir, la medida era sencilla, confinamiento total e inmediato y protección del empleo de las/os ciudadanas/os, pero eso no ocurrió.

El Ministro de Salud, Jaime Mañalich, posteriormente renunciado al cargo, creyó que el virus podía mutar y “convertirse en buena persona”. Pero el virus no mutó, ni mucho menos se convirtió en buena persona. Los negocios comenzaron a cerrar y a despedir a sus trabajadores, ya que el gobierno no llevó a cabo políticas de protección social para impedir el desempleo masivo que comenzó a producirse a lo largo de todo Chile.

El hambre y el desempleo se hicieron agudos y angustiantes con mayor fuerza durante los meses de mayo y junio. Las personas, pese a las medidas de confinamiento que tardíamente tomó el gobierno, salieron en masa a las calles a cobrar seguros de cesantía y a participar de las ollas comunes para poder alimentarse.

No había forma de hacer cumplir el confinamiento tardío. El gobierno culpaba a la gente “porfiada” que salía a las calles por el alto índice de contagiadas/os, la población culpaba al gobierno del alto índice de contagios por no haber reaccionado a tiempo con medidas sanitarias eficaces para prevenir la propagación del virus y del desempleo.

## **La pandemia del hambre**

### ***Desprotección social***

El hambre, el abandono social, comenzaron a ser una constante en las poblaciones de las principales ciudades de Chile una vez que el gobierno de Piñera reaccionó y decidió implementar el confinamiento social. Pero, en ese momento, se empezaron a evidenciar otras problemáticas; el hacinamiento, la pobreza, la insalubridad habitacional, todo lo que el neoliberalismo oculta.

A todo esto, se sumó la problemática de las/os inmigrantes que querían retornar a sus países de origen ante la falta de empleo. Venezolanas/os, peruanas/os y bolivianas/os comenzaron a acampar en las afueras de sus respectivas embajadas a fin de exigirles a sus autoridades que buscaran algún mecanismo para poder retornar a sus países. No tenían casas, no tenían comida. El hacinamiento y la insalubridad en los entornos de las embajadas se hicieron evidentes también.

La mano de obra barata comenzó a evidenciar sus problemática social, económica y sanitaria. El confinamiento visibilizó la diferencia de clases. No daba lo mismo quedarse encerrado en casa si se era rica/o que si se era pobre. Tal como señalaba Pierre Bourdieu, “el espacio social se define por la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales” (2013: 120).

El tema del espacio, sin dudas, generó una gran problemática que se sumó al de la cesantía. Las personas más pobres no podían dejar de trabajar. “Si no nos mata el Coronavirus, nos mata el hambre”, decían los carteles que comenzaron a aparecer en las poblaciones. Si no se trabaja, no se come. Fue así como muchas/os chilenas/os desobedecieron el confinamiento, pero no por porfía, sino por la absoluta falta de seguridad y de protección social y económica por parte del Estado a los sectores más desposeídos.

En plena pandemia y con el *pick* de contagios y de muertes, las personas salieron a manifestarse en sus mismas poblaciones, levantando barricadas para visibilizar el hambre y la cesantía.

El espacio social y físico del pobre se volvió ahora un nuevo espacio de protesta social. El espacio social se retraduce en el espacio físico, pero siempre de manera más o menos turbia: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes o servicios, privados o públicos. (Bourdieu, 2014: 20)

El espacio social y físico del pobre, del habitante de las poblaciones, se volvió peligroso, tanto así que la poca ayuda alimenticia que ideó el gobierno para poder apalear el conflicto de la hambruna no llegó a todos los lugares que estaba destinada, ya que los funcionarios municipales tenían temor de entrar a algunas poblaciones donde las manifestaciones eran más evidentes y de mayor envergadura.

El Ministro de Salud Mañalich llegó a decir en un programa de televisión, cuando las manifestaciones comenzaron a ser masivas, que él desconocía que en Chile hubiera tanta pobreza. Él, un Ministro de Estado, desconocía la realidad socioeconómica de buena parte de la población chilena a lo largo de todo el territorio. Pero esa era la evidente realidad de lo que Bourdieu (2014: 161) denominara “suburbios difíciles” es decir, “aquellos lugares por lo común olvidados”.

### ***Pandemia, estallido y represión***

Reviviendo las viejas tácticas de la dictadura de Pinochet, Sebastián Piñera, en tiempos del estallido social, decidió sacar a los militares a las calles, con el establecimiento de un Estado de excepción y la legalización de la represión contra aquellas/os manifestantes que pretendieran emprender

## *La pandemia del hambre y de la represión en Chile*

actos de agitación social callejera. Se llegó incluso a implantar el toque de queda a las seis de la tarde, con las calles llenas de militares armados a partir de esa hora, medida que volvió a ejecutarse en plena pandemia cuando las/os pobladores comenzaron a manifestarse en contra del hambre. Ya lo decía Giorgio Agamben:

Si las medidas excepcionales son el fruto de los períodos de crisis política y, en tanto tales, están comprendidas en el terreno político y no en el terreno jurídico constitucional, ellas se encuentran en la paradójica situación de ser medidas jurídicas que no pueden ser comprendidas en el plano del derecho, y el estado de excepción se presenta como la forma legal de aquello que no puede tener forma legal. (2014: 26)

El Estado, el soberano, optó por reprimir, por acallar las injusticias. Reprimió por medio de las fuerzas especiales de carabineros. Foucault (1976: 201) decía que la policía era tanto un aparato de disciplina como un aparato estatal. Por medio de la disciplina, la vigilancia y el adiestramiento el Estado pretende implementar su poder. El Estado chileno no implementó medidas de protección social inmediata y la protesta social no hizo más que agudizarse. Tanto durante el estallido social como durante la pandemia, el Estado chileno se transformó en un estado totalitario moderno que, en palabras de Agamben, puede ser definido como

La instauración, a través del Estado de excepción, de una guerra civil legal, que permite la eliminación física no solo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político. (2014: 27)

Los estados de emergencia, agrega Agamben, son “prácticas esenciales de los Estados contemporáneos, aún de aquellos así llamados democráticos”. Con todo este accionar represivo, “el estado de excepción tiende cada vez más a presentarse como el paradigma de gobierno dominante en la política contemporánea” (2014: 27). El gobierno, al entender de Agamben, queda en un “umbral de indeterminación entre democracia y absolutismo” (ibidem: 28).



## **La pandemia y el efecto represivo sobre el pueblo mapuche**

La represión del Estado chileno en contra de las demandas reivindicativas territoriales del pueblo mapuche se ha producido desde tiempos preterritos. Mientras se producía el estallido social en Chile, el pueblo mapuche seguía realizando sus demandas ancestrales. Ni un solo día dejó de exigirle al Estado la resolución de sus peticiones de restitución territorial y, por sobre todo, de liberación de los presos políticos mapuche que hay en diversas cárceles del sur de Chile.

En pleno estallido social, en los momentos de la más dura represión policial y militar llevada a cabo en contra de la ciudadanía chilena, un grupo de mapuche elevó una carta en apoyo a las/os miles de chilenas/os que se habían alzado, después de tanto tiempo, contra las injusticias del sistema neoliberal chileno y con respecto a la represión por parte del Estado, los mapuche les hacían la siguiente pregunta a las/os manifestantes reprimidas/os: ¿qué se siente que te traten como mapuche? El interrogante hace alusión a que los mapuche, desde inicios de la década de los 90, es decir, desde el retorno de la democracia en Chile, han debido convivir con la militarización y con la represión de sus territorios. Desde el retorno a la democracia, el pueblo mapuche ha sido tratado como un enemigo que estorba, un enemigo que va en contra de las lógicas mercantilistas del neoliberalismo que tiene puesto sus intereses económicos en ese territorio ancestral.

El estallido social de octubre de 2019 en Chile no detuvo la represión en el Wallmapu (territorio mapuche). Tampoco lo hizo la expansión del COVID-19. Todo lo contrario. La pandemia que azotó al mundo puso en alerta a todas las comunidades mapuche, en especial a familiares y amigas/os de los presos/os políticas/os mapuche. Las condiciones sanitarias de las cárceles chilenas en nada aseguraban que el virus no se expandiera entre las/os reclusas/os. De hecho, el Lonko Facundo Jones Huala, preso en una cárcel del sur de Chile, tuvo que entrar en cuarentena obligatoria después de haber tenido contacto directo con un gendarme del centro penitenciario donde se encuentra detenido y que dio positivo al coronavirus.

Hubo numerosas campañas para que se revisaran las condenas de las/os presas/os políticas/os mapuche para que, de alguna manera, pudieran cumplir las en sus hogares, pero toda campaña fue inútil. En todo este contexto de pandemia, la represión no paró, y llegó a su punto más crítico el 4 de junio del presente año, cuando fue asesinado el comunero mapuche Alejan-

dro Treuquil, Werkén (mensajero) de la Comunidad Autónoma We Newen de la localidad de Collipulli en la Región de la Araucanía en el sur de Chile.

Días antes de su asesinato, el comunero mapuche había sido amenazado de muerte por parte de miembros de las fuerzas especiales de la policía chilena que resguardan el territorio mapuche para proteger a las empresas forestales, pero el caso, hasta el día de hoy, 26 de julio, no ha sido investigado y no hay ningún detenido ni procesado por el asesinato del Werkén.

En el sur de Chile, este accionar represivo en contra del pueblo mapuche se remonta a la misma conformación del Estado. Es decir, más de doscientos años de represión, solo que ahora, en un régimen neoliberal, todo se acrecienta producto de la expropiación territorial.

Esta expropiación y esta represión tienen claros antecedentes racistas ya que, tal como lo expresa Eduardo Menéndez (2010), no solo adquieren características simbólicas y físicas, sino que se expresan además por el comportamiento, sobre todo de la sociedad latinoamericana, en la que existe un gran menosprecio por los indígenas, cuando gran parte de la población del continente tiene ese origen. Miembros de la policía chilena también son de ese origen, pero reniegan de él y eso acrecienta la represión y el menosprecio hacia su propio pueblo.

En este mismo contexto de pandemia sanitaria y para llevar a cabo una medida de presión más radical a fin de que el Estado revise las condenas de las/os presas/os políticas/os mapuche y el resguardo de las medidas sanitarias al interior de la cárceles, es que un grupo de prisioneros mapuche decidió llevar a cabo una huelga de hambre que, hasta la fecha, lleva 82 días y que tiene al machi Celestino Córdova, autoridad ancestral mapuche, al borde de la muerte.

## **Conclusión**

Sebastián Piñera no lo vio venir. Nadie lo vio venir. Su lema de campaña presidencial fue que se venían “los tiempos mejores”, pero claramente el 18 de octubre de 2019 la ciudadanía dijo otra cosa. El coronavirus, a partir de marzo de 2020, también dijo otra cosa.

El estallido social derrumbó los viejos cimientos sobre los que se afirmaba el neoliberalismo chileno desde la décadas de 1980 en plena dictadura pinochetista. La centroizquierda parlamentaria también ayudó a reforzar esos cimientos, pero no dio para más. Las/os estudiantes secundarias/os en Chile dijeron: “No Más”.

El estallido pudo haber durado más. El pueblo por primera vez estaba siendo escuchado, por primera vez, estaba siendo protagonista de su historia. No había líderes, no había partidos políticos de por medio, era el pueblo, eran jóvenes, mujeres, hombres que salían a las calles a demandar sus reivindicaciones postergadas desde hacía décadas. La ciudadanía estaba viva, logrando de a poco pequeñas reivindicaciones, pero la pandemia del COVID-19 dejó atónito, literalmente, a todo el mundo.

La crisis económica y social provocada como consecuencia del estallido no hizo más que acrecentarse durante la pandemia. La hambruna que el pueblo invisibilizado por décadas sacó a relucir no hizo más que expandirse. Pero el coronavirus no detuvo el estallido, no acalló la voz del pueblo. El descontento se acrecentó debido a la nula protección social y económica por parte del Estado.

El pueblo chileno siguió movilizándose, los comuneros mapuche siguieron con sus actos de reivindicación territorial, las/os presas/os políticas/os mapuche implementaron fuertes medidas de presión para que el Estado revisara sus causas judiciales.

El estallido no desapareció con el coronavirus, tanto así que el gobierno de Piñera se vio obligado a ceder el 10% de los ahorros previsionales que la ciudadanía tiene guardados en las AFP (Asociación de Fondos de Pensiones), cuestionadas instituciones financieras creadas por el hermano del mandatario en plena dictadura de Augusto Pinochet. Las AFP, símbolo del neoliberalismo de los denominados "Chicago Boys", comienzan a desmoronarse. El neoliberalismo en Chile comienza a colapsar y fue la ciudadanía movilizada la que ocasionó ese colapso.

Las consecuencias demográficas y sanitarias del coronavirus están aún en desarrollo y hemos de esperar que pronto surja una cura para ello pero, mientras que el pueblo chileno está a la espera de esa cura, sigue presionando y luchando para acabar con la principal de las pandemias, la del hambre.

## **Bibliografía**

- Agamben, G. (2014). *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Bourdieu, P. (2013). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1976). *Genealogía del racismo*. Buenos Aires, Altamira/Nordan Comunidad.
- Hobsbawm, E. (2014). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Libros de Historia.
- Menéndez, E. (2010). *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Rosario, Prohistoria.